

Ilustrados y musulmanes: usos de al-Andalus en el XVIII español

Jesús Torrecilla
(University of California, Los Angeles)

Introducción

En 1788, Gaspar Melchor de Jovellanos leyó un discurso ante la Real Sociedad Económica de Madrid en el que enfatizaba la deuda que había adquirido España con la nueva dinastía reinante. “Elogio de Carlos III” es un texto optimista, apologético, que desborda entusiasmo frente a los efectos positivos que había experimentado el país cuando sus gobernantes se dejaron guiar por el “espíritu general de ilustración” (179). Para los efectos de este trabajo, me interesa resaltar dos aspectos de su argumentación. Por un lado, el polígrafo asturiano manifiesta estar convencido de que las Luces no se habían generado en territorio peninsular, sino que fueron traídas de fuera. Por otro, afirma que, aun así, se trata de una empresa eminentemente patriótica, ya que se había logrado con ello crear una nación más próspera y feliz. Los buenos españoles, nos viene a decir, son aquellos que consiguen producir mejoras concretas que redundan en beneficio general de la población. El hecho de que se deban a un impulso exterior es en gran parte irrelevante. Lo que cuenta es el efecto que producen.

Pero no todos sus paisanos pensaban de ese modo. Había un numeroso grupo que tenía una idea del patriotismo más enraizada en el concepto de autenticidad que en el de mejora. El buen patriota no era para ellos el que conseguía crear una sociedad opulenta, sino el que se preocupaba por defender el país contra aquellos factores que amenazaban su identidad. Concretamente, con relación al tema que nos ocupa, a lo largo del XVIII se había producido una avalancha de modas venidas del otro lado de los Pirineos que estaban minando los fundamentos del carácter nacional. Los responsables de esa situación eran, sobre todo, ciertos españoles que habían trastocado el natural amor a la patria por una pasión desmedida por lo francés.

La crítica al “afrancesamiento”, cuando se limitaba a sus aspectos más superficiales (como modas, vestidos y peinados), no planteaba mayores problemas. Era compartida por la inmensa mayoría de los españoles, incluidos los ilustrados. El problema surgía cuando intentaba extenderse a asuntos de mayor trascendencia. Los conservadores aprovecharon el rechazo que despertaba, para hacer extensiva su condena, no sólo al comportamiento ridículo de los petimetres, sino también (y sobre todo) a cuestiones estéticas, políticas y filosóficas. En su opinión, puesto que la Ilustración había venido del otro lado de los Pirineos, todo lo asociado con ella tenía un aire sospechoso. Los que defendían las ideas modernas estaban enamorados de Francia y eran unos malos patriotas, unos traidores.

Los ilustrados, obviamente, no podían aceptar ese planteamiento. No sólo por lo que implicaba para ellos a nivel personal, sino porque obstaculizaba la implementación de medidas que el país necesitaba con urgencia. Por tanto, trataron de neutralizar el ataque recurriendo a diversas estrategias. Una de ellas, como acabamos de ver en Jovellanos, consistió en afirmar que lo importante no es el origen de las ideas, sino el efecto práctico que producen. Puesto que la razón es de carácter universal, los beneficios que origina también lo son. Es absurdo rechazar mejoras evidentes simplemente porque vienen de fuera. Pero este razonamiento era demasiado impersonal. No conseguía desmentir la creencia de que los ilustrados tenían más de cosmopolitas que de

patriotas. Consecuentemente, hubo autores que intentaron neutralizar a los adversarios recurriendo a sus mismas armas y elaborando un discurso de corte identitario.¹

Por una parte, ciertos dramaturgos, para probar que los que defendían las ideas modernas no eran unos traidores, escribieron obras en las que el estilo neoclásico servía de vehículo para la expresión de sentimientos patrióticos. De hecho, como varios críticos han resaltado, el tema más recurrente en la tragedia neoclásica española del XVIII es el de la defensa de la patria en peligro a causa de una invasión extranjera.² Lo cual a primera vista no deja de ser paradójico, teniendo en cuenta que los escritores neoclásicos eran acusados de amantes de lo francés. El reproche que se les hacía de subyugar la cultura española a ideas extranjeras, se intenta neutralizar así mediante el recurso a un protagonista (imagen del autor) que lucha heroicamente contra los que quieren someter el país al yugo de una potencia extranjera.

En otros casos, los autores simplemente negaron que las nuevas ideas vinieran de fuera. Con ese fin, procedieron a una revisión implícita de la historia nacional (si bien, como veremos, sin extraer las consecuencias lógicas que de ello se deducían) y reivindicaron los avances de todo tipo que habían desarrollado en suelo peninsular los “musulmanes españoles”. El objetivo de ese planteamiento es doble. Por una parte, desmentían la acusación de que España hubiera desempeñado un papel irrelevante en el camino europeo hacia la Ilustración. Por otra, demostraban que era innecesario recurrir a fuentes extranjeras para encontrar los remedios que el país necesitaba. Bastaba con rescatar una versión olvidada de la historia nacional. De ese modo, se convertía la modernización en un proceso endógeno.

Neoclasicismo y afrancesamiento

La acusación que confrontaron los neoclásicos españoles de seguir modelos franceses puede documentar por extenso. Los mismos autores de tragedias abordaron el tema, si bien con frecuencia para desmentirlo. Nicolás Fernández de Moratín, en el primero de sus *Desengaños al teatro español* (1762-3), afirma escribir “obras arregladas”, pero con un propósito patriótico, para defender el honor de la nación y demostrarles a los extranjeros que también en España se sabe lo que es buena literatura. Y se lamenta de que, a los que escriben de ese modo, los defensores de Lope y Calderón “nos llaman extranjeros, y desertores” (10), sin tener en cuenta que todas las ciencias “se fundan en la naturaleza de las cosas, y la poesía es una de ellas: y todo lo que vaya fuera de lo que es natural, (particularmente en la poesía dramática, o representable) es un desatino” (2). Más adelante vuelve a insistir en que las reglas son racionales y no “inventadas por el capricho de los petimetres, y extranjeros, como quieren los preocupados . . . y para saber lo más delicado del arte, no es necesario acudir a Boileau, ni a Fontenelle” (43). En estos párrafos puede verse con claridad el malestar que provocaba la acusación de afrancesados en muchos de los defensores del neoclasicismo.³

¹ Probablemente la más disparatada, y la que tuvo menos eco, fue la que intentaron Agustín Montiano y Blas Nasarre. A mediados de siglo, afirmaron que España tenía una tradición clásica más nutrida que la de otros países, si bien “sus argumentaciones para demostrar la existencia y antigüedad de tragedias españolas fueran bastante endeblés” (Checa 449)

² Andrés Zamora afirma que “más que de temas ‘nacionales’ habría que hablar de asuntos ‘nacionalistas’, e incluso simplemente de ‘asunto’, pues la gran mayoría de las tragedias de esos ilustrados concurre de manera casi unánime en relatar una y otra vez la misma historia: la brava defensa de lo autóctono frente a un invasor extranjero” (271).

³ En el “Dictamen” que antepuso al *Discurso crítico* (1750) de Erauso y Zavaleta, afirma el Padre Alejandro Aguado que: “Yo quisiera fueran españoles todos los de España; pero es desgracia de la nación, que salgan de ella enemigos, cuando por derecho de naturaleza debieran ser sus defensores” (s.p.). Sus palabras evidencian el intento conservador

En la “Disertación” que antepone a *La petimetra* (1763) repite Moratín esas mismas ideas. Por criticar a los grandes dramaturgos españoles del XVII, afirma, se levantará “contra mí la turbamulta de los necios, llamándome atrevido, temerario, sacrilego y blasfemo, enemigo de la patria pues digo contra sus hijos semejantes insolencias” (55). Pero en el “Prólogo” a *Lucrecia* (1763), al explicar la forma que ha dado a su tragedia, realiza afirmaciones que parecerían dar la razón a sus adversarios. Tras confesar que ha seguido los preceptos clásicos porque así “lo manda la razón natural” (6), justifica haber desechado los coros porque “se tienen ya por cosa inútil, por cuyo motivo, ni el dicho Pedro Corneille, ni Racine en algunas obras, ni el Maphei, ni algún español de igual mérito los usan, y así los abandoné” (9). La decisión no la toma por cuestiones de “razón natural”, sino por seguir el ejemplo de Corneille y Racine.

También Jovellanos aborda el tema, si bien admitiendo sin subterfugios su deuda con los autores galos. En el “Prólogo” a *La muerte de Munuza*, afirma que algunos reprochan a su obra salir vestida a la francesa y “que su estilo huele al de los trágicos ultramontanos” (359). Pero lejos de desmentirlo, como hace Moratín, Jovellanos reconoce que “antes, y al tiempo de escribirle, leía muchísimo en los poetas franceses. Confieso más: procuré imitarlos; si no otra cosa, a lo menos debo este defecto a mis modelos” (359). Y más adelante justifica su decisión de no imitar directamente a los clásicos griegos y latinos con las siguientes palabras: “Nuestros vecinos los imitaron, los copiaron, se aprovecharon de sus luces, y arreglaron el drama trágico al gusto y a las costumbres de nuestros tiempos; era más natural que yo imitase a nuestros vecinos que a los poetas griegos” (360).

No se trata, por tanto, únicamente de que los enemigos del neoclasicismo denunciaran su origen extranjero.⁴ Algunos de sus cultivadores reconocían imitar modelos franceses, por más que, como prueban las citas de Moratín, otros no se sintieran cómodos con ello. Sobre todo, porque los tradicionalistas usaron la evidencia de los hechos para acusarlos de traidores y renegados. Si querían ejercer su magisterio en la sociedad española a través del teatro y sacar adelante sus planes reformistas, no podían permitir que se les considerara enemigos de la nación. Lo que estaba en juego era su relación con el público.⁵ Se explica así que decidieran neutralizar la acusación recurriendo a diversas estrategias.

Neoclasicismo y Reconquista

En el “Prólogo” en verso que escribió para la puesta en escena del *Pelayo* en Gijón, afirma Jovellanos que el amor de la patria “fue el numen/ a cuya ardiente inspiración el fuego,/ la pasión y el furor debió el poeta” (198).⁶ Y en el “Prólogo” que preparó para la edición impresa, se muestra confiado de que el solo nombre de Pelayo, grato al oído de los españoles “es el mejor título en que puedo fundar la esperanza de una favorable acogida” (361). Porque, cuando ensalza las glorias del país en que nació, cuando recuerda “las grandes virtudes del héroe de la nación, debo esperar que mis paisanos y compatriotas sean los aprobantes y patronos de mi trabajo” (361). Difícilmente se podría expresar con mayor claridad la razón por la que tantos autores de tragedias neoclásicas

de expulsar de la identidad nacional a todos los que no compartían sus ideas. Evidentemente, la polémica no se refería únicamente a cuestiones estéticas.

⁴ Cañas Murillo considera que los círculos intelectuales españoles pretendieron introducir la tragedia neoclásica “*ex novo*, en el panorama teatral de entonces” (1578). Y concluye que “no es, por tanto, producto de una evolución o transformación de un género histórico preexistente” (1578). Ver también Pageaux (242) y Lafarga (1747).

⁵ Según Nicolás Fernández de Moratín: “Después del púlpito, que es la Cátedra del Espíritu Santo, no hay escuela para enseñarnos más a propósito, que el teatro” (*Desengaños* 12).

⁶ Para un análisis de los cambios (incluido el título) que experimentó el texto de Jovellanos desde su primera versión en 1769, ver el artículo de Andioc en *Bulletin Hispanique*.

trataron temas de la historia nacional.⁷ No olvidemos que páginas antes había admitido imitar a modelos franceses, y que ése era precisamente el motivo por el que los autores de tragedias neoclásicas recibían la acusación de traidores.

Lo que no explica Jovellanos en su prólogo es la razón que le asistió para elegir el asunto específico de su obra. Porque el protagonista del *Pelayo* no es un simple guerrero famoso que sube a las tablas para excitar el orgullo nacional de los españoles, sino, más concretamente, el héroe fundacional que inició la resistencia del país contra los invasores musulmanes. Un asunto, por cierto, que se repite asimismo, con variaciones, en la mayor parte de las tragedias neoclásicas. Aparece en obras como el *Pelayo* (1769) de Jovellanos; *Hormesinda* (1770) y *Guzmán el Bueno* (1777), de Nicolás Fernández de Moratín; *El cerco de Tarifa o los Guzmanes* (1768) y *Egilona* (1768), de Trigueros (1768); *Don Sancho García* (1771) de Cadalso; *La Condesa de Castilla* (1798) de Cienfuegos; *Florinda* de María Rosa Gálvez (1804); y el *Pelayo* de Quintana (1805). Tan abundante reiteración no puede ser casual.

Los ilustrados eran conscientes de que sus enemigos recurrían a la evidencia de los hechos para afirmar que las nuevas ideas venían de fuera y que los que las aclimataban en España eran unos renegados y unos traidores.⁸ Habían nacido en suelo español, pero estaban enamorados de Francia. La acusación era grave, ya que Francia seguía representando para muchos la imagen del enemigo por excelencia. Debía ser, por tanto, neutralizada, si es que los ilustrados querían evitar que sus adversarios monopolizaran la identidad nacional. Para ellos estaba claro que se trataba de una hábil estrategia conservadora, ya que la batalla que se libraba no era entre lo español y lo extranjero, sino entre tradición y renovación. El patriotismo no estaba reñido con las nuevas ideas. Plantearlo así suponía distorsionar la realidad. Sobre todo, considerando que los que defendían la modernización de España se proponían solucionar los males del país y ponerlo al nivel de los más avanzados de Europa.

La escritura de una gran parte de las tragedias neoclásicas debe entenderse en este contexto. Son obras que podríamos llamar híbridas, de factura moderna pero de contenido patriótico.⁹ Evidencian un claro intento de armonizar los conceptos de modernidad y nacionalismo, que sus enemigos (de manera interesada) pretendían incompatibles. En este sentido, es significativo que muchas de ellas otorguen una gran importancia a la figura del traidor. En las obras centradas en el tema de Sancho García y “la condesa traidora”, la misma protagonista es una mujer que, según la leyenda, estaba enamorada de Almanzor y se proponía entregar a los musulmanes el condado de Castilla. En *Hormesinda*, de Moratín, el traidor es Tulga, “de la sangre goda/ Bastardo descendiente, y renegado/ De la cristiana ley, que ha abandonado” (86). Tiene el dudoso honor de

⁷ Curiosamente, Jovellanos parece implicar que el cultivo de temas nacionales se debe también, al menos en parte, a la imitación. En el prólogo recuerda que “Belloy mereció en Francia las distinciones que a todos constan, por haber ensalzado las glorias de su nación en *El sitio de Calais*” (*La muerte* 360). La representación de esa obra se produjo en el contexto de la derrota francesa frente a Inglaterra en la Guerra de los Siete Años, lo que convertía la heroicidad del pasado en una especie de compensación por la humillación del presente.

⁸ Sala Valldaura afirma que hubo “casi setecientas traducciones teatrales del francés e impresas en España entre 1700 y 1835, y 560 manuscritos del mismo género, también entre ambas fechas, que no tuvieron la suerte de ser publicados” (169). Añade que el consumo o la recepción “de tanta literatura francesa en su lengua original o, especialmente, vertida al castellano, resulta fundamental para el conocimiento de la literatura española del Dieciocho” (170).

⁹ Las denomino híbridas, porque el tema de la lucha por la libertad se combina con un estilo que en cierto modo implica sometimiento. El duque de Rivas, que comenzó escribiendo en ese estilo, invitará más tarde a los españoles (por boca del editor Salvá) a sacudirse “los grillos que el culto ciego del clasicismo nos había impuesto”, hasta conseguir “la independencia del pensamiento como conquistó la nacional contra las huestes de Napoleón” (*El moro* 392).

ser el personaje más negativo de toda la obra. Mentiroso, hipócrita, cruel. En el *Pelayo* de Jovellanos es Munuza. Asegura haberse pasado al enemigo para suavizar las condiciones impuestas por los vencedores, pero Pelayo le acusa de “haber vendido/ la religión, las leyes y la patria/ al interés soez de ser caudillo/ de un ejército infiel” (421). Para enfatizar su condición, lo compara con los hijos de Witiza y con el obispo don Opas. En el *Pelayo* de Quintana, Hormesinda accede a casarse con Munuza para que los árabes traten con más benevolencia a los españoles, si bien al final reconoce su error y muere arrepentida.¹⁰

Frente al comportamiento de estos traidores, a veces bien intencionado, pero siempre condenable, las obras abogan por exaltar la libertad de la patria como un ideal por el que merece la pena morir. Sus autores escriben dentro del modelo neoclasicista francés, pero el mensaje que articulan en boca de los héroes de sus obras es elocuente. Nada de compromisos con el enemigo. El final del *Pelayo* de Quintana lo expresa sin ambigüedades. El protagonista, en palabras que se revelarán proféticas, afirma que “si un pueblo insolente allá algún día/ Al carro de su triunfo atar intenta/ La nación que hoy libramos, nuestros nietos/ Su independencia así fuertes defiendan” (360). La independencia y la libertad de la patria son los valores más altos que proclaman los autores de estas tragedias, por más que sus enemigos los acusen de traidores.¹¹ O precisamente por ello. En la acción de las obras, los personajes que se someten al enemigo (que son los que, en buena lógica, mejor podrían identificarse con los que en aquella época seguían los modelos franceses), son presentados como débiles o malvados. Con la creación de esos villanos, los autores parecen querer exorcizar el peligro de que se los comparara con ellos.

Tanto Jovellanos como Moratín y Quintana, por centrarnos en tres de los mejores representantes de este intento integrador, ofrecen una interpretación de la historia de España que reproduce la versión oficial. Plantean el mito de la Reconquista de igual manera que podría haberlo hecho un tradicionalista, si bien en sus plumas adquiere un significado diferente. No se proponen enfatizar el papel central que había jugado la religión católica en la configuración del país, sino desmentir que las ideas modernas fueran contrarias a los intereses de la patria.¹² Pero al utilizar el mito en un nuevo contexto, y con connotaciones nuevas, incurren en un contrasentido. Si aceptamos que los héroes de sus obras encarnan el deseo de la nueva dinastía de crear una España más moderna, tendríamos que concluir que los enemigos de ese proyecto (los defensores de la España tradicional) son presentados aquí como invasores o colaboracionistas.¹³ Pero la única “invasión” que se menciona reiteradamente en los textos de la época es la de las ideas y modas

¹⁰ Shaw considera que, a diferencia de Pelayo, la Hormesinda de Quintana es un héroe trágico. Su error “is to have fallen in love with a tyrannical enemy of her nation” (186). Para un análisis de las polémicas que causó la representación de la obra, ver Valero (32-43).

¹¹ Según Selimov, lo que se proponían los autores de esas tragedias era “exaltar los sentimientos patrióticos del público y facilitar la suplantación de los nacionalismos regionales con el nacionalismo unitario español” (234).

¹² Coincido por ello con Andioc cuando afirma que la escritura de estas tragedias “es inseparable de los esfuerzos del gobierno de Carlos III por la regeneración del país” (*Teatro* 385).

¹³ La idea de que con estas obras se proponen los autores presentar la política de la dinastía borbónica como una nueva “restauración” similar a la de Pelayo, ha sido defendida por diversos críticos. Ver Andioc (*Teatro* 385), Aguilar (31), Fontanella (64-5), Ríos (534), Pérez Magallón (100) y Onaindía (172). Con un sentido diferente, Juan de Iriarte, en el epigrama que compuso en latín para la impresión de Hormesinda, considera que, así como “el hermano de *Hormesinda* restaura el reino de España, así tú, *Moratín*, restauras la escena” (Dowling 442)

francesas.¹⁴ No aparece ninguna otra. No creo, por tanto, que el paralelismo puede llevarse muy lejos. Más bien, todo hace pensar que los autores se proponían simplemente demostrar en sus obras que las ideas modernas no estaban reñidas con el patriotismo. Quiero decir, con el patriotismo entendido en un sentido heroico, tal y como hacían los conservadores. Se percibe en estos ilustrados un deseo conciliador de integrar modernidad y tradición.

De haber conseguido su objetivo, la historia española de los dos siglos siguientes habría sido muy diferente. Pero la revolución francesa, y, sobre todo, la invasión napoleónica, echaron por tierra sus planes. El desenlace de la guerra, con su secuela de cárceles y exilios, convenció a los progresistas del XIX (tanto afrancesados como liberales, herederos todos del proyecto ilustrado) que la España tradicional no estaba dispuesta a efectuar concesiones de ningún tipo. El pensamiento liberal que surgirá tras la Guerra de la Independencia tendrá ingredientes nuevos que harán mucho más difícil cualquier forma de entendimiento con los conservadores. Acusados por sus adversarios de enemigos de España, y viéndose tratados como tales, ciertos liberales considerarán necesario crear una identidad nacional alternativa en la que ellos tengan cabida. Escribiendo desde el exilio, efectuaron una reinterpretación del carácter español, de su historia y de sus tradiciones, que se oponía punto por punto a la que defendían los conservadores. Se produjo así una ruptura en la identidad española que tendrá graves consecuencias de cara al futuro. Precisamente, lo que querían evitar los autores que venimos analizando.

La ilustración como un proceso interno: el mito de al-Andalus

Pero el intento integrador de las tragedias neoclásicas no fue el único que tuvo lugar en el siglo ilustrado. Hubo escritores que, para desmentir el origen extranjero de las nuevas ideas, procedieron a considerar como españoles a los musulmanes medievales. Si en las tragedias neoclásicas se mantiene la versión tradicional de la historia, presentando en ellas el mito fundacional de la nación como resultado de un proceso de reconquista contra invasores norteafricanos, en los autores que trataré en este segundo apartado aparece un planteamiento que implica una nueva interpretación del pasado. Si bien, también es cierto que en ningún caso se extraen las conclusiones lógicas que de ello se deducen. Habrá que esperar a que José Antonio Conde, enlazando con el pensamiento filomorisco del XVI, interprete el enfrentamiento medieval entre cristianos y musulmanes como una guerra civil.¹⁵ Pero eso será varias décadas más tarde, cuando, tras la expulsión del ejército napoleónico y el regreso de Fernando VII, los exiliados afrancesados y liberales, como acabo de mencionar, por verse en una situación similar de exclusión, comiencen a identificarse con todos aquellos grupos que habían sufrido los rigores de la España oficial.¹⁶ Los que exaltan los logros de los “musulmanes españoles” en el XVIII lo hacen con otra intención. Su discurso está más próximo al de las apologías de la nación en la época ilustrada que al del pensamiento filomorisco del XVI.

¹⁴ La situación cambiará cuando Fernando VII, apoyado por los conservadores, solicite la intervención de la Triple Alianza. Tras esa acción, el Duque de Rivas en *Florinda* (277) y Mora en *Don Opas* (541), podrán acusar con buenas razones a los conservadores de traición y compararlos con los que apoyaron la invasión musulmana.

¹⁵ Sin embargo, Gil-Bardaji observa que Conde utiliza el “nosotros” (opuestos al “ellos musulmán”) para referirse, no sólo a los españoles de su tiempo, sino también “to an imprecise ‘non-Arabic’ people, perhaps the ‘Christian’ or ‘Castilian’ element of the historical period associated with al-Andalus” (232).

¹⁶ Para un análisis detallado de la reinterpretación de la historia de España por parte de los liberales, ver Torrecilla, *España al revés* (155-206).

Para entender cómo se produce en el XVIII esta reinterpretación de la realidad medieval de la Península Ibérica, es necesario situarla en su contexto histórico, como resultado de una serie de factores que contribuyeron a dotar al mito de al-Andalus de una gran complejidad. El concepto de Reconquista, que consideraba a “los moros” como invasores fanáticos y crueles de África que debían ser expulsados a la región de dónde habían venido, se intentará neutralizar a lo largo del XVI con una interpretación más amable que presenta a los musulmanes peninsulares como generosos y valientes, sensibles, nobles y sofisticados.¹⁷ Según Carrasco Urgoiti (73) y Márquez Villanueva (5), el género morisco, lejos de ser un mero juguete retórico, posee una intención claramente relacionada con el momento en que surge. En un ambiente de creciente hostilidad hacia lo morisco, con la intensificación de las políticas represivas y la necesidad de la expulsión defendida por ciertos grupos, las novelas y los romances de ese género plantean la conveniencia de integrar en la sociedad española a un pueblo que posee excelentes valores. Algunos de sus autores probablemente fueran moriscos, al menos en parte. Se explica así la vehemencia que muestran en defender a un grupo cuya supervivencia estaba amenazada.¹⁸

Tras la expulsión de los moriscos, el género perdió su razón de ser y durante el XVII languideció en España en versiones librescas y artificiosas. Pero las novelas moriscas, en especial las *Guerras civiles de Granada*, cruzaron los Pirineos y fueron muy populares en Europa, provocando imitaciones que dotaron al género de nuevos significados. Así, por ejemplo, ciertos autores ingleses y franceses usaron la figura idealizada de los musulmanes medievales para atacar el fanatismo y la incompetencia de los cristianos que los habían expulsado, y, en última instancia, de los españoles en general. Esta interpretación adquirió fuerza cuando la idealización del género morisco se combinó con la exaltación de los árabes que propiciaron las doctrinas orientalistas de moda. Desmintiendo a los que los caracterizaban como ignorantes y atrasados, ciertos estudiosos afirmaron que se trataba de un pueblo inquieto y emprendedor, que, en un momento histórico determinado, cuando Europa yacía en las tinieblas, había preservado el saber clásico y había dado un impulso extraordinario a las ciencias y a las artes.¹⁹ De ese modo, la cultura y sofisticación de los musulmanes medievales sirvió de contrapunto a una definición de los españoles como bárbaros

¹⁷ Cuando hablo del mito de la Reconquista me refiero a la consideración de los musulmanes como invasores que debían ser expulsados al norte de África, independientemente de la terminología que se utilizara para describir ese propósito. La distinción que establece Ríos Saloma (28-32) es sumamente interesante, pero irrelevante para mi argumentación.

¹⁸ Contestando a un poeta que critica a los escritores de romances moriscos por ofrecer “a Mahoma/ las primicias de sus galas” (*Romancero* 221), expresa otro autor el deseo de que: “Los perros del matadero/ te saquen, traidor, el alma,/ pues por ensalzarte a ti/ a tantos buenos maltratas./ Y el cielo te traiga a tiempo/ que pidas de casa en casa,/ como pobre mendicante/ del Albaicín al Alhambra./ Darro, cuando dél bebieres,/ enturbie sus aguas claras” (222).

¹⁹ Esta interpretación coexiste en el XVIII con la que representa al Islam como la antítesis de la Ilustración. Voltaire, por ejemplo, exhibe en sus escritos “a hostile attitude towards Islam and Muhammad . . . Voltaire also used his attack on Islam as a cover for attacking all revealed religions including Christianity” (Netton 33).

e indolentes.²⁰ Tras expulsar a sus enemigos, según esa interpretación, habían convertido las feraces tierras que ellos habitaban en un páramo improductivo.²¹

La imagen idealizada de los musulmanes peninsulares, cargada con este bagaje, cruzó de nuevo los Pirineos en el XVIII y, al cambiar de contexto, adquirió nuevos significados. Ciertos ilustrados, confrontados con la acusación de pertenecer a un país atrasado e inculto, recurrieron a la figura de “nuestros musulmanes” con dos objetivos diferentes. Por una parte, la apropiación de ese grupo les permitía probar que España había desempeñado un papel relevante en el camino europeo hacia la Ilustración, contra la opinión de aquellos extranjeros que se empeñaban en negarle ese mérito. Por otra, podían desmentir a los conservadores que, equiparando modernización y afrancesamiento, entorpecían la implementación de medidas que el país necesitaba con urgencia. Si los musulmanes españoles habían sido un pueblo industrial y dinámico, carecía de sentido afirmar que era necesario imitar modelos extranjeros para solucionar sus problemas. Bastaba con recurrir a esa tradición olvidada del pasado nacional.

El ambiente ilustrado en que se desarrollan estas teorías, con la aportación esencial de un grupo de maronitas sirio-libaneses, ha sido estudiado por diversos críticos.²² Aquí me interesa simplemente analizar el doble uso del mito de al-Andalus que acabo de detallar.

La consideración de que los “musulmanes españoles” eran sabios en una época en que el resto de Europa yacía en la barbarie, aparece en gran número de escritores del XVIII. Y siempre con el objetivo de exaltar el importante papel jugado por el país en la difusión de los conocimientos útiles por todo el continente. Del mismo modo que ahora eran los españoles los que tenían que ir a otros países en busca de los últimos avances científicos y literarios, hubo un tiempo en que el viaje se había producido en sentido inverso. En las *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, publicadas en 1745, afirma el padre Sarmiento que a través de España se comunicaron las rimas poéticas al resto de Europa, así como “todas las demás artes y ciencias” (69). Añade el autor que, en la época medieval, las ciudades de Córdoba, Toledo y Sevilla estaban en tal grado de esplendor “que muchos extranjeros, así franceses, como ingleses, alemanes, italianos, &c. venían a España en aquellos siglos a estudiar las ciencias humanas” (67). Afirmaciones similares aparecen en Gaviria (28), Carbonell (45), Banqueri (116), Forner (146-7), Vargas Ponce (39), Juan Andrés (225-6) y *El Censor Granadino* (22). En todos ellos, el pasado se presenta como una especie de espejo invertido del presente.

²⁰ El autor del *État politique* (1765) afirma haber leído la obra de Pérez de Hita, que presenta a los moros “comme une Nation fort aimable (qu’elle etoit effectivement), et Grenade comme le centre des Sciences, des Arts, du Luxe, des plaisirs et de la galanterie, telle qu’etoit cette ville” (491). Su interpretación literal de la obra le lleva a afirmar: “Quel siecle brillant pour l’Espagne que celuy des Maures! Combien aux yeux des Philosophes, Religion à part, ils etoient préférables en tout aux Espagnols! l’humanité, la douceur, la bonne foy brilloient chez eux, autant que le courage, l’esprit et l’amour du plaisir: cependant les Espagnols, dans le même tems, plongés dans la barbarie, ne connoissoient que la cruauté, le fanatisme, l’ignorance” (492). Ver también Lantier (211), Peyron (155-6), Townsend (232), Silhouette (214) y Swinburne (143).

²¹ Ciertos españoles reaccionaron contra estas teorías, afirmando que sus autores ensalzaban a los musulmanes para denigrar a los españoles. Ver Azara (s.p.) y Ponz (XVIII).

²² La mayoría de los críticos coinciden en señalar que el interés por el pasado musulmán que se observa en los círculos ilustrados españoles se produce en un contexto anterior de gran apatía y debe mucho a la llegada de los maronitas sirio-libaneses. Ver Monroe (23-4), Fernández (8-10), López García (153), Chalmeta (13), Manzanares de Cirre (36-7), Cabanelas (14), Torres (221) y Almarcegui (140). Otros, sin embargo, consideran que el arabismo del XVIII se produce por evolución interna. Ver Carrillo (21-3) y Rodríguez Mediano (244-5).

El carácter apologético de estos escritos es indudable. Patricio de la Torre afirma en sus *Ensayos sobre la gramática y poética de los árabes* que, si bien todos los historiadores coinciden en el tiempo y la forma en que se restablecieron las ciencias en Oriente, “no encuentro quien diga que los árabes domiciliados en España empezaron a cultivar las artes y ciencias con antelación a los de Oriente. Esto consiste sin duda, o en que las glorias literarias de España se callan con malicia, o en que se ignoran, que es lo más cierto” (XXV). La evidencia de un pasado glorioso se ofrece aquí como prueba de que los ataques contra España están motivados por la mala fe de sus enemigos tradicionales. Por otra parte, también en consonancia con lo que se observa en las apologías, los logros de la España tradicional se exageran. Advierte el autor más adelante que: “Nuestro malagueño Ebn el Beytar supo más filosofía natural que todos los griegos y latinos juntos” (LI). Es difícil no percibir en estos párrafos un afán compensatorio frente a las humillaciones que sufrían los españoles del XVIII. Lo mismo puede decirse de Juan Andrés, cuando, al analizar las contribuciones de los árabes a la cultura europea, asegura que donde más florecieron sus ciencias, “donde más se manifestó la luz de su sabiduría, y donde se fijó, por decirlo así, el reino de su literatura fue en España” (225). Para añadir que, gracias a los desvelos de uno de sus hijos (se refiere al sevillano Ben-Ahmad), España posee “el código de agricultura que en ningún tiempo supo formar pueblo alguno por más culto que haya sido” (267).²³

Pero el mito de al-Andalus no sólo permitió a los ilustrados españoles desmentir la opinión de aquellos europeos que acusaban al país de haber sido siempre fanático e ignorante, sino que les sirvió para neutralizar un ataque interno. Frente a las acusaciones interesadas de los conservadores, que pretendían que todo intento modernizador debía basarse en modelos extranjeros y era, por tanto, sospechoso de traición, la imagen de un al-Andalus de ideas avanzadas permitió a los ilustrados arraigar el proyecto renovador en la tradición nacional. De ese modo, al menos en teoría, desmontaban una de las principales estrategias usada por los conservadores para obstaculizar la implementación de su programa de reformas.

En 1751 publicó Casiri un libro que considero de gran interés para entender la relación que se establece entre al-Andalus y la modernidad europea. El título ya es de por sí muy significativo, por lo que, a pesar de su longitud, lo copio íntegro: *Tratado del Cultivo de las Tierras, según los principios de Mons. Tull, Inglés. Compuesto en francés por Mons. Duhamel de Monceau, de la Academia Real de las Ciencias, de la Sociedad Real de Londres, Inspector de la Marina en todos los Puertos, y Bahías de Francia. . . Y un Apéndice que contiene dos capítulos del Tratado de Agricultura, escrito en Lengua Arabiga por Abu Zacharia Jehia Ebn Mohamad, Ebn Ahmad (vulgarmente) Ebn Alauam, Sevillano. Traducidos al Español por el Doct. D. Miguel Casiri, Presbítero, Professor de Lenguas Orientales en la Real Bibliotheca. Y por Don Pedro Rodríguez de Campomanes*. Como puede observarse, la reproducción de un tratado moderno sobre el cultivo de tierras, compuesto por un francés siguiendo los principios de un inglés, se complementa con otro sobre el mismo asunto escrito en la Edad Media por un sevillano.

El paralelismo que se establece entre ambos textos se acentúa al enfatizar en el prólogo los traductores el valor práctico que posee para los españoles el manuscrito árabe, no sólo por ser el autor paisano suyo, sino “porque sus observaciones son todas acomodadas al clima, y terreno

²³ Meregalli ya observó que lo importante para Andrés al hacer estas afirmaciones, “es demostrar la importancia de la Península Ibérica en el progreso e ‘ilustración’ de Europa” (192). Monroe hace extensiva esta afirmación al resto de los arabistas españoles del XVIII (36-7)

español” (s.p.). Se trata, por tanto, de un tratado científico, basado en la observación y adecuado a la tierra para la que se concibió. De donde se deduce, no sólo que los españoles pueden mejorar su agricultura sin recurrir a modelos extranjeros, sino que les interesa hacerlo así por cuestiones prácticas. El tratado de Ebn Ahmad es para ellos más útil que el de Duhamel de Monceau, ya que el primero ha sido pensado para España, mientras que el segundo no.²⁴ El hecho de que Campomanes figure como traductor del texto, indica que este tipo de teorías e iniciativas contaba en aquellos momentos con el apoyo de altas instancias en el poder.

La consideración de que los sabios de al-Andalus ofrecían a los españoles la posibilidad de avanzar sus conocimientos científicos sin recurrir a modelos extranjeros, aparece asimismo en otros autores. El médico Gaviria y León, por ejemplo, asegura en una carta escrita en 1754 al Conde de Águila, que, si se tradujera al castellano y se imprimiera el libro de medicina de Azarahy, conocerían todos el sistema observado por “los antiguos moros, y cristianos españoles para curar a sus enfermos, y acaso se haría juicio, que esa práctica antigua era mejor que la moderna; o que la moderna es una desfiguración de la antigua” (21). La ciencia de los musulmanes españoles, según eso, no sólo era muy avanzada para su época y merecía estudiarse, sino que podía considerarse superior a la moderna. Nuevamente, el modelo “interno” se considera más valioso (y por tanto más digno de seguir) que el de los países europeos modernos.

Dando a ese tipo de afirmaciones un carácter más amplio, lamenta Patricio de la Torre que los españoles, “teniendo en nuestra casa, o como solemos decir, en nuestras manos mismas tan grandes escritores en todas ciencias, y facultades, no nos apliquemos a este ramo de literatura (en vez de ir mendigando noticias extranjeras)” (XVII).²⁵ No se trata tan sólo, por tanto, de que los extranjeros ignoren, o callen interesadamente, las glorias de la tradición española. Ese hecho es lamentable, pero, en definitiva, puede entenderse, ya que los antiguos enemigos de la nación es lógico que no tuvieran interés en airear sus glorias. Lo que resulta más difícil de explicar es que los mismos españoles tampoco estuvieran familiarizados con ellas. Eso permitía que los ataques de los extranjeros quedaran sin respuesta y, peor aún, que dentro de España se concibiera la modernización como un proceso exótico. El atraso del país se podía fácilmente solucionar limitándose a revitalizar esa rama olvidada de la tradición nacional (la musulmana) que, por una inexplicable desidia, los españoles actuales habían olvidado.

La inclusión de los musulmanes en la identidad española que así se efectúa (sea para denunciar los prejuicios de los extranjeros que afirmaban que España había sido siempre un país ignorante y fanático, sea para desmentir a los conservadores que pretendían que la modernización del país sólo podía producirse imitando los modelos extranjeros y, por tanto, desnaturalizándolo), no se lleva sin embargo a su lógica conclusión. Si los musulmanes eran tan españoles como los cristianos, lo que de ello se deduce es que lo acontecido en la Edad Media peninsular no fue una

²⁴ En los preliminares que se añadieron a la traducción del texto completo de Abu Zacharia por Banqueri, explicita Campomanes esa misma idea (*Libro* [4]). Por otra parte, en la *Gaceta de Madrid* se comentó la aparición del libro en los siguientes términos: la obra “tiene la conocida ventaja de que como era español, diestro agricultor, y poseía además tierras en el alxarafe de Sevilla, teatro de sus experimentos, son todos sus preceptos muy acomodados a nuestro clima, e hijos de su propia experiencia” (Soto 98).

²⁵ A este tipo de escritos parece dirigir Capmany sus reproches, cuando pide a los apologistas desengañarse “del común error de que todo cuanto se escribe, se piensa, se investiga y se descubre en la parte más ilustrada de la Europa ha sido bebido en nuestras fuentes. ¡oh! ¡fuentes ingratas y falaces, tan copiosas para los extraños, y para nosotros tan secas!” (203).

Reconquista, sino una guerra civil. Sin embargo, ninguno de los autores que usaron el mito de al-Andalus en el XVIII planteó una revisión de la historia de España en estos términos. La semejanza de sus argumentos con los de los apologistas hace pensar que les guía el mismo objetivo patriótico. Su preocupación esencial consistía en neutralizar los ataques a España por parte de los extranjeros y, al mismo tiempo, facilitar la modernización del país. En ningún momento parece que existiera en ellos un propósito de revisar la historia de España.

Conclusiones

Tanto los escritores de tragedias neoclásicas de temas asociados con la Reconquista como los que usan al-Andalus con fines apologéticos, escriben obras de orientación nacionalista en las que se usa el pasado para solucionar los problemas del presente. Los que recurren al mito de al-Andalus, no efectúan una revisión de la historia de España que, en buena lógica, está implícita en su planteamiento. Habrá que esperar a José Antonio Conde para que así se haga. Pero Conde era un exiliado que escribió en otras circunstancias y con otras prioridades. Los autores del XVIII que exaltan la modernidad de los “musulmanes españoles” demuestran estar más preocupados por cuestiones apologéticas que identitarias. Por otra parte, los autores de las tragedias neoclásicas, al centrarse en temas de liberación nacional, invierten la acusación que les hacían los conservadores. Modernizar el país (vienen a decir) no implica destruir la tradición. Es posible renovarse sin efectuar cambios sustanciales en el imaginario colectivo.

Se observa en todos estos autores un propósito de integrar tradición y modernidad, que, de haber funcionado, habría orientado la historia del país de los dos siglos siguientes en una dirección diferente. Pero la revolución francesa y (sobre todo) la invasión napoleónica condenaron esos proyectos al fracaso. A partir de ahí, la equiparación de los franceses invasores con los musulmanes del siglo VIII se hizo extensiva, no sólo a los que colaboraron con ellos, sino también a los que compartían sus ideas. De ese modo, los conservadores españoles se vieron con una carta en las manos que usaron nada más concluir la guerra. Puesto que sus enemigos eran semejantes a los franceses, debían ser tratados como tales. De ese modo, monopolizaron la identidad española y expulsaron a los progresistas del espacio nacional. Primero, en un sentido simbólico; luego, físicamente. En ese ambiente de cárceles y exilios, los progresistas españoles (tanto afrancesados como liberales) se vieron en la necesidad de crear una identidad nueva en la que ellos tuvieron cabida. Se produce así una grave fragmentación en el imaginario colectivo que marcará de manera muy negativa la historia de los dos siglos siguientes. Arrastradas por esa riada, las propuestas integradoras del siglo anterior, que son las que aquí he analizado, quedarán obsoletas, al margen de la corriente central, como notas a pie de página de una historia que no pudo ser.

Obras citadas

- Aguado, Alejandro. "Dictamen". En Tomás Erauso y Zavaleta. *Discurso crítico*. Madrid: s.l, s.f.
- Aguilar Piñal, Francisco. "Introducción" a José Cadalso. *Solaya o los Circasianos*. Madrid: Castalia, 1982. 7-49.
- Almarcegui, Patricia. "El orientalismo en España". *Revista de Occidente* 316 (2007): 139-54.
- Andioc, René. "El extraño caso del estreno de *Munuza*". *Bulletin Hispanique* 104.1 (2002): 71-100.
- . *Teatro y sociedad en el Madrid del siglo XVIII*. Madrid: Editorial Castalia, 1987.
- Andrés, Juan. *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura. Obra escrita en italiano por el Abate D. Juan Andrés y traducida al castellano por D. Carlos Andrés*. Tomo I. Madrid: Antonio Sancha, 1784.
- Azara, José Nicolás de. "Artículos de Cartas de Don Joseph Nicolas de Azara, que servirán de Prólogo" a Guillermo Bowles. *Introducción a la historia natural y a la geografía física de España*. Segunda Edición. Madrid: Imprenta Real, 1782.
- Banqueri, José. "Oración gratulatoria pronunciada por José Banqueri en su presentación a la Real Academia de la Historia el día 2 de mayo de 1783". En José Luis Soto Pérez. *Arabismo e Ilustración: correspondencia literaria (1791-1803) de Fr. José Antonio Banqueri con Don Fr. Manuel del Cenáculo Vilas Boas, Obispo de Beja*. Universidad de Oviedo: Cátedra Feijoo, Centro de Estudios del S. XVIII, Anejos del BOCES.XVIII, n. 3. 1985.
- Cabanelas, Darío. "Prólogo" a José Luis Soto Pérez. *Arabismo e Ilustración: correspondencia literaria (1791-1803) de Fr. José Antonio Banqueri con Don Fr. Manuel del Cenáculo Vilas Boas, Obispo de Beja*. Universidad de Oviedo: Cátedra Feijoo, Centro de Estudios del S. XVIII, Anejos del BOCES.XVIII, n. 3. 1985.
- Campomanes, Pedro Rodríguez de. "Censura que dio el Exmo. Sor. Conde de Campomanes de la obra de Abu Zaccaria sevillano". En *Libro de agricultura. Su autor el doctor excelente Abu Zacarie Iahia Aben Mohamed Ben Ahmed Ebn El Awam, sevillano. Traducido al castellano y anotado por don José Antonio Banqueri*. Tomo Primero. Madrid: Imprenta Real, 1802. [1-4].
- Cañas Murillo, Jesús. "García de la Huerta y la tragedia neoclásica". En Javier Huerta Calvo, director. *Historia del Teatro Español II: Del Siglo XVIII a la época actual*. Madrid: Gredos, 2003. 1577-1602.
- Capmany, Antonio de. "Comentario sobre el Doctor Festivo y Maestro de los Eruditos a la Violeta, para desengaño de los Españoles que leen poco y malo." En Marías, Julián. *La España posible en tiempo de Carlos III*. Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1963. 181-218.
- Carbonell, José. *Bibliotheca Arabico-Hispana, o Catalogo Alfabético de Autores Arabes Españoles u Oriundos de España, o cuyas obras pertenecen a la Historia y Geographia de ella*. 1758. Ms 11552 (1, 2 y 3) de la Biblioteca Nacional.
- Carrasco Urgoiti, María Soledad. *Estudios sobre la novela breve de tema morisco*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2005.
- Carrillo, Juan L., y María Paz Torres. *Ibn al-Baytar y el arabismo español del XVIII. Edición trilingüe del Prólogo de su "Kitab Al-Chami"*. Benalmádena: Ayuntamiento de Benalmádena, 1982.
- Casiri, Miguel. "Los traductores al lector". En *Tratado del Cultivo de las Tierras, según los principios de Mons. Tull, Inglés. Compuesto en francés por Mons. Duhamel de Monceau*,

- de la Academia Real de las Ciencias, de la Sociedad Real de Londres, Inspector de la Marina en todos los Puertos, y Bahías de Francia. Traducido al Español por Don Miguel Joseph de Aoiz, Caballero de la Orden de Santiago . . . Y un Apendice que contiene dos capítulos del Tratado de Agricultura, escrito en Lengua Arabiga por Abu Zacharia Jehia Ebn Mohamad, Ebn Ahmad (vulgarmente) Ebn Alauam, Sevillano. Traducidos al Español por el Doct. D. Miguel Casiri, Presbítero, Professor de Lenguas Orientales en la Real Bibliotheca. Y por Don Pedro Rodríguez de Campomanes. Madrid: Imprenta del Mercurio, 1751.*
- Checa Beltrán, José. “Teoría Literaria”. En Francisco Aguilar Piñal ed. *Historia literaria de España en el siglo XVIII*. Madrid: CSIC, 1996. 427-511.
- Conde, José Antonio. *Historia de la dominación de los árabes en España*. Tomo I. Madrid: Imprenta de García, 1820.
- Dowling, John. “El teatro del siglo XVIII (II)”. En Carnero, Guillermo, coordinador. *Historia de la Literatura Española*. Volumen 6. Siglo XVIII. (I). Madrid: Espasa Calpe, 1995.
- El Censor Granadino. Cartas críticas, jocoso-serias, que en desagravio de la literatura nacional escribía Don Eleuterio Crispín de Andorra, Poeta arrepentido*. Granada, 1802.
- État politique, historique & moral du Royaume d’Espagne l’an MDCCLXV*. En *Revue hispanique* XXX, n. 78 (1914): 376-514.
- Fernández, Paz. *Arabismo español del siglo XVIII: origen de una quimera*. Madrid: Instituto de cooperación con el mundo árabe, 1991.
- Fernández de Moratín, Nicolás. *Desengaños al teatro español*. Madrid, 1762-3.
- . *Hormesinda*. En *Obras de D. Nicolás y D. Leandro Fernández de Moratín*. Madrid: Atlas, 1944. 85-101.
- . *La Petimetra*. Madrid: Editorial Castalia, 1996.
- . *Lucrecia*. Madrid, 1763.
- Fontanella, Lee. “Pelayo and Padilla in Reformist and Revolutionary Spain”. In *Essays on Hispanic Literature in Honor of Edmund L. King*. Edited by Sylvia Molloy and Luis Fernández Cifuentes. London: Tamesis, 1983. 61-72.
- Fornier, Juan Pablo *Oración Apologética*. Madrid: Alejandro Pueyo, s.f.
- Gaviria y León, Diego. *Carta de D. Diego Gaviria y León, Médico de Cámara con ejercicio del Rey N. Sr. Escrita Al Conde de Aguila, Vezino de Sevilla, Sobre la Ciencia, y Erudición de los Arabes Españoles*. 1754. Biblioteca Colombina, Sevilla. Ms 83-3-20.
- Gil-Bardaji, Anna. “Translating al-Andalus: otherness and identity in Conde’s ‘descripción de España’”. *Journal of Multicultural Discourses* 4.2 (2009): 221-236.
- Jovellanos, Gaspar Melchor de. *La muerte de Munuza*. En *Obras completas*. Tomo I. Ed. de José Miguel Caso González. Oviedo: Centro de Estudios del Siglo XVIII, 1984. 351-466.
- . “Elogio de Carlos III”. En *Obras en prosa*. Madrid: Castalia, 1978.
- Lafarga, Francisco. “La presencia francesa en el teatro neoclásico”. En Javier Huerta Calvo, dir. *Historia del Teatro Español II: Del Siglo XVIII a la época actual*. Madrid: Gredos, 2003. 1737-59.
- Lantier, M. de. *Voyage en Espagne du Chevalier Saint-Gervais*. Tome Second. En *Oeuvres Complètes de M. de Lantier*. Tome Cinquième. Paris, Arthus Bertrand, 1826.
- López García, Bernabé. “Orientalismo y traducción en los orígenes del arabismo moderno en España.” En Gonzalo Fernández Parrilla y Manuel C. Feria García coords. *Orientalismo*,

- exotismo y traducción*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2000. 153-171.
- Manzanares de Cirre, Manuela. *Arabistas españoles del siglo XIX*. Madrid: Instituto hispano-árabe de cultura, 1972.
- Márquez Villanueva, Francisco. *El problema morisco (desde otras laderas)*. Madrid: Libertarias/Prodhufo, 1991.
- Meregalli, Franco. "Andrés, Herder y el arabismo." En Siegfried Jüttner, Hg. *Spanien und Europa im Zeichen der Aufklärung*. Franckfurt: Peter Lang, 1991. 188-196.
- Monroe, James T. *Islam and the Arabs in Spanish Scholarship (Sixteenth Century to the Present)*. Leiden: E.J. Brill, 1970.
- Mora, José Joaquín de. "Don Opas". En *Leyendas españolas*. Paris: Librería de Don Vicente Salvá, 1840. 423-589.
- Netton, Ian Richard. "The mysteries of Islam". En Rousseau, G. S., and Porter, Roy, eds. *Exoticism in the Enlightenment*. Manchester and New York: Manchester UP, 1990.
- Onaindía, Mario. *La construcción de la nación española: republicanismo y nacionalismo en la Ilustración*. Barcelona: Ediciones B, 2002.
- Pageaux, Daniel-Henri. "Le Thème de la Résistance Asturienne dans la Tragédie Néo-Classique Espagnole". *Mélanges a la Mémoire de Jean Sarrailh*. Tomo II. Paris: Centre de Recherches de l'Institut d'Études Hispaniques, 1966. 235-242.
- Pérez Magallón, Jesús. *El teatro neoclásico*. Madrid: Laberinto, 2001.
- Peyron, Jean-François. *Essais sur l'Espagne*. Tome Premier. *Nouveau voyage en Espagne fait en 1777 et 1778*. Londres: Elmsly, 1783.
- Ponz, Antonio. *Viage fuera de España*. Tomo Primero. Madrid: Joaquín Ibarra, 1785.
- Quintana, Manuel. *Pelayo*. En Johnson, Jerry, ed. *Cuatro Tragedias Neoclásicas*. Salamanca: Almar, 1981. 301-60.
- Ríos, Juan A. "La práctica del teatro neoclásico". En Guillermo Carnero, coordinador. *Historia de la Literatura Española*. Volumen 7. Siglo XVIII. (II). Madrid: Espasa Calpe, 1995. 510-541.
- Ríos Saloma, Martín F. *La Reconquista. Una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)*. Madrid / México: Marcial Pons / UNAM, 2011.
- Rivas, Ángel Saavedra, duque de. *El moro expósito o Córdoba y Burgos en el siglo Décimo*. Tomo Primero. Paris: Imprenta de J. Smith, 1834.
- . *Florinda*. En *Obras completas de D. Ángel de Saavedra, Duque de Rivas*. Tomo I. Madrid: Imprenta de la Biblioteca Nueva, 1854. 213-308.
- Rodríguez Mediano, Fernando. "Fragmentos de Orientalismo español del s. XVII." *Hispania. Revista Española de Historia* 616. 222 (2006): 243-276.
- Romancero General (1600, 1604, 1605)* I. Edición, prólogo e índices de Ángel González Palencia. Madrid: CSIC, 1947.
- Sala Valldaura, D. Joseph Maria. *Teatro español del siglo XVIII*. Tomo II. Lleida: Universitat de Lleida, 1996.
- Sarmiento, Martín. *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*. Buenos Aires: Emecé, 1942.
- Selimov, Alexander R. "El honor, el amor y la inmortal hazaña del 'Íncrito Pelayo' en tres tragedias neoclásicas". *Dieciocho* 23, n. 2 (2000): 233-247.
- Shaw, Donald. "Quintana's *Pelayo* Revisited". *Bulletin of Spanish Studies* 86.7-8 (2009): 181-191.

- Silhouette, Esteban de. *Viaje De Francia, De España, De Portugal Y De Italia*. En José García Mercadal, ed. *Viajes de extranjeros por España y Portugal III*. Madrid: Aguilar, 1962. 185-275.
- Soto Pérez, José Luis. *Arabismo e Ilustración: correspondencia literaria (1791-1803) de Fr. José Antonio Banqueri con Don Fr. Manuel del Cenáculo Vilas Boas, Obispo de Beja*. Universidad de Oviedo: Cátedra Feijoo, Centro de Estudios del S. XVIII, Anejos del BOCES.XVIII, n. 3. 1985.
- Swinburne, Henry. *Travels Through Spain, in the years 1775 and 1776*. Vol I. London: Printed by J. Davis, 1787.
- Torre, Patricio de la. *Ensayos sobre la Gramática y Poética de los Árabes*. Madrid: Antonio de Sancha, 1787.
- Torrecilla, Jesús. *España al revés. Los mitos del pensamiento progresista (1790-1840)*. Madrid: Marcial Pons, 2016.
- Torres, María Paz. "Pablo Hodar, escribiente de árabe en la Biblioteca Real, y su relación con dos falsificaciones del XVIII." *Al-Andalus-Magreb* 6 (1998): 209-235.
- Townsend, Joseph. *A Journey Through Spain in the Years 1786 and 1787*. In Three Volumes. Volume II. London: Dilly, 1791.
- Valero, José A. "La polémica sobre el Pelayo de Quintana en el *Diario de Madrid* (1805)". *Dieciocho* 34.2 (Spring 2011): 29-44.
- Vargas Ponce, José. *Apología de la Literatura Española en las Ciencias y Bellas Artes. Presentada a la Real Academia. Año de 1785*. Madrid: RAH, 9-4224 (4).
- Zamora, Andrés. "Guerrillas ideológicas y estéticas en la *Raquel*. (Breviario español de cómo marginar al enemigo)". *Dieciocho* 24.2 (2001): 261-278.